

APRENDER A PERDONAR

CHITA

No cabe duda de que la vida te enseña a perdonar. El perdón te permite vivir tranquila y sin remordimientos, te permite ser feliz.

Mi primera experiencia para saber lo que significa el perdón fue cuando estaba en sexto año de primaria en el Instituto América. Tenía unos diez u once años de edad y vivía en la calle Ojinaga de la bella ciudad de Chihuahua, muy cerca del centro. Compartía mis idas y venidas a la escuela con una vecina, compañera y muy amiga mía.

Era ya cerca de la Navidad cuando fuimos a la papelería Newberry a comprar unas tarjetas que, en esa época, se usaba mandar a familiares y amigos. Íbamos con el uniforme de la escuela y encima unos suéteres gruesos, pues ya estaba haciendo mucho frío.

Tardamos un buen rato en escoger nuestras tarjetas. Al llegar a la caja para pagar lo que traíamos en las manos, nos detuvo un policía y nos llevó a la oficina del señor Newberry. Ahí, tanto a mi amiga como a mí nos pidieron que nos quitáramos el suéter. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando a mi amiga se le cayeron un montón de tarjetas que traía escondidas entre su ropa!

El dueño de la tienda nos dio tremenda regañada, y más porque portábamos el uniforme de la escuela. Por esos años se nos prohibía ir al Palmore, tanto al hospital como al colegio, ya que nos decían que eran “protestantes”, y daba la casualidad de que el señor Newberry era de esa religión.

Después de una buena reprimenda, nos dejó marchar, pero nos amenazó diciendo que si volvíamos a hacer algo por el estilo, nos reportaría con nuestros padres y con la escuela.

¡Qué trago tan amargo pasé! Me fui llorando a casa. Me adelanté y dejé a mi amiga atrás, y desde ese momento no volví a tener ninguna relación con ella. No le perdoné que me hiciera pasar ese mal rato.

Terminé la escuela primaria. Vinieron las vacaciones y después me fui de interna a un colegio de monjas a Monterrey. Estuve allá por cinco años y nunca hice el intento de ver a mi amiga. Creo que nunca le perdoné el incidente en el que me involucró y no volví a tener interés en reanudar su amistad.

Algunos años después supe que estaba enferma del corazón, y al poco tiempo murió. Nunca la volví a ver y eso me ha hecho sentir mal, muy mal.

Las cosas pasan por algo. Con los años he tenido mil y una cosas que perdonar y lo he logrado. He tenido que perdonar a quien me ha ofendido en lo más profundo de mi alma, y ciertamente, por el perdón he logrado sobrevivir. No sólo eso; creo que he logrado crecer.

Siempre he pensado que la muerte de mi amiga de la infancia me ayudó por primera vez a concebir el perdón y aprendí que con ese remordimiento no se puede ser feliz.

El perdón enaltece y te permite caminar por la vida sin arrastrar amarguras y sentimientos difíciles de llevar.

Al recordar estos pasajes de mi niñez, les he dado sentido a muchas actitudes en la madurez, y me doy cuenta de que todo en la vida es un aprendizaje continuo y bueno.

Sede DEMAC Chihuahua
Chihuahua, Chih.